

Terminó el sacrificio. César retiróse con la cabeza baja y rezando. Todo el mundo se levantó. Pero, antes de que nadie iniciara la retirada, un suceso inaudito vino á llenar á todos de sorpresa y asombro.

Adelantóse Nicasio hasta las gradas del altar con el rostro descompuesto completamente; subió al tablado y, volviéndose al pueblo, dijo con voz poderosa y clara:

— Sépalo todo el mundo para descargo de mi conciencia. Salustiana y yo somos los que hemos herido á don Enrique. Nila es inocente.

■■■■■■■■■■

IX

QUIJANO EL BUENO

Aquella tarde, Nicanor, cuidadosamente vestido, pulcro, lleno de alegría que se reflejaba en sus ojazos negros, saltando como un pinzón al salir la aurora, llamó fuertemente á la puerta del señor cura.

Abrióle el mismo César. Desde que Nila había huído al monte, vivía completamente solo. Había dado sus ropas de cama y mesa á los pobres y dormía sobre un tablado. No necesitaba encender el hogar, porque se alimentaba solamente de pan y frutas.

Al entrar, Nicanor no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, viendo la extrema pobreza del ajuar y la escasez de lo más necesario. Sonrió débilmente César, y haciéndole sentar, le dijo con voz afable:

— ¡Hola! ¿Qué te trae por aquí, buen corazón?

— Señor cura — contestó en seguida el muchacho. — Ya sabe usted lo ocurrido en la iglesia.

Púsose de repente muy serio César. Pero la densa nube que cubrió su semblante disipóse casi en seguida y dijo cariñosamente al herrerillo:

— Sé que Nicasio se ha declarado culpable del delito de que fué víctima don Enrique. ¿Es eso lo que te trae?

— Eso precisamente no. Pronto me explicaré con claridad completa. Lo más importante para mí, es que, estando Nicasio confeso de ese delito, claro es que quedan sin fundamento las sospechas que recayeron en los primeros momentos sobre Nila.

— Indudablemente.

— Y por lo tanto — siguió Nicanor radiante de gozo, — que puede volver al pueblo, sin que nadie la ofenda y sin correr el menor riesgo.

— Desde luego — interrumpió el señor cura. — Pero ¿cómo es que te interesas tanto por esa infeliz loca?

— Señor cura — contestó el rapazuelo: — Nila no está ya loca.

— ¿Que no está loca? ¿Pues quién la ha curado?

— Yo.

Decía esto el herrerillo con el aplomo, con la seguridad con que pudiera haberlo dicho Charcot. No había medio de dudar de la buena fe con que pronunciaba aquellas palabras.

— A ver, explícame eso — dijo César con interés.

— Verá usted — dijo el chico. — Desde el mismo día en que Nila se vió obligada á esconderse en el monte, he ido á buscarla yo todas las noches.

— ¿Para qué?

— Para llevarla provisiones y consuelos. Como la pobre nunca ha oído, desde que perdió la razón, sino palabras duras, acogió las mías con cariño. Y en fuerza de cuidados y de despertar en ella, muy poco á poco, ideas, y de quererla mucho, su pobre inteligencia dormida ha ido despertando hasta que, disipada la causa principal de su extravío, que era el recuerdo de una gran desgracia, ha ido encontrándose sana y cuerda. No; de seguro que cuando usted la vea, no la conoce.

¡Qué contento estaba el herrerillo! César, de ordinario tan triste, sintió que se le comunicaba aquella sana y noble alegría.

— Todo eso puede muy bien haber ocurrido con la ayuda de Dios — dijo; — pero hay que convenir en que es verdaderamente extraordinario.

— ¡Ay, señor cura! — siguió Nicanor, pasando la mano por su frente, sombreada por sus negros cabellos, como un lago de Ceylán por un bosque de ébano. — Por dormida, por aletargada que pueda estar una inteligencia, no tiene más remedio que revivir cuando una voz cariñosa, que es al mismo tiempo la que Dios ha escogido para hacer el mila-

gro, dice á su oído constantemente: ¡Despierta, despierta pronto, que soy yo quien te llamo! ¡Mira que necesito que me conozcas! ¡Mira que vengó por tus caricias, y que si no me reconoces, van á envolverme las mismas sombras que á ti!

— Veo que te explicas muy bien — dijo César enternecido. — ¿En dónde has aprendido tú á expresarte con esa facilidad? Es en verdad sorprendente tu cultura.

— Mire usted, señor — contestó el muchacho. — Desde muy pequeñito aprendí á leer. Es un beneficio inmenso que debo al señor Juan y, desde entonces, no ha caído papel en mis manos que no haya leído y releído muchas veces. Luego, el maestro y el Alcalde, que tienen algunos libros, me los han ido dejando todos, y algunos me los sé de memoria.

— ¿Y qué libro te ha gustado más?

— El Algebra de Cirodde.

— ¡Hola, hola!

— Y después el Quijote. Si yo hubiera tenido que ser un personaje de novela, me hubiera gustado ser Quijano el bueno.

— ¿Y el catecismo? — preguntó el cura con intención. — ¿Acaso no te agrada?

— También — contestó el niño después de un momento de pausa.

— Parece que lo dices así fríamente.

— No, señor. Hay allí cosas muy hermosas, pero que yo no puedo discutir y muchas ni aun

comprender. Pero allí está la doctrina de la caridad. ¡Qué cosa tan hermosa la Caridad, si no existiera la Justicia!

— Bueno, bueno, dejemos eso — interrumpió César un tanto disgustado, — y dime quién te ha sugerido la idea de ilustrarte y tomar con tanto entusiasmo el estudio.

Sin vacilar, el muchacho contestó:

— La Dictadora.

— ¿Qué dictadora?

— La Naturaleza. Ella sabe más que todos los hombres y enseña más que todos los libros. A cada cual le da un instinto y no tiene más remedio que seguirle. «Tú serás sabio, le dice á uno, y lo es. Tú serás rey, le grita á otro, y reina.» No me cabe la menor duda.

— Vamos, es una de las brujas de Macbeth.

— De nada sirve querer contrariarla, porque á la corta ó á la larga se sale con la suya. Ella dicta sus leyes y de nada sirve nuestra desobediencia ó rebelión.

— ¿Lo crees así?

— Estoy seguro. Todo lo que sea ir contra la Naturaleza es atormentarse y perder el tiempo, si es que también no se pierde la vida.

Habíase quedado César pensativo y el niño calló para no molestarle. Transcurrió así un buen rato, hasta que el cura dió un profundo suspiro y dijo á Nicanor:

— Bueno. Ahora dime á lo que has venido.

— Señor cura — dijo el niño, cambiando en grave su tono jovial. — Usted me dijo que Nila había perdido un hijo, y ese hijo soy yo. Lo he comprendido por algunas palabras de usted y por una porción de observaciones que he ido yo haciendo. Pero no puedo hablar á Nila de lo pasado, porque su inteligencia comienza en seguida á nublarse; y así, no consigo saber muchos detalles que me interesan. Sé que soy su hijo, porque ella misma me ha reconocido y con mi cariño ha recobrado la razón. Por consiguiente, espero que sea usted conmigo más explícito y me diga usted cuanto sepa sobre el particular.

— Todo cuanto pudiera decirte, hijo mío — contestó cariñosamente César, — es un secreto de confesión que no me pertenece ni puedo revelar. Pero lo que sí puedo decirte es que, después de indicarte que Nila podía ser tu madre, he adquirido más datos que desvanecen tal sospecha. El cadáver del hijo de Nila fué hallado y sepultado después en el cementerio del lugar en que fué encontrado sin vida, muy distante del en que te encontró Juan.

Quedóse el niño como aterrado; pero aun tuvo valor para preguntar:

— ¿De modo que Nila no es mi madre?

— No, hijo mío; no lo es — contestóle César.

Una palidez densa extendióse rápidamente por

el rostro de Nicanor, que quedóse mudo y como petrificado. Parecía haber recibido un golpe mortal. Quiso hablar y no pudo. César mismo se asustó del tremendo efecto que habían producido en él sus palabras.

Nicanor pudo hablar por fin.

— ¡Dios mío, qué desgracia tan grande! — dijo rompiendo en llanto. — ¡Vivir siempre sufriendo la orfandad más amarga, el más miserable abandono, con la esperanza siempre de encontrar un día una madre que le consuele á uno, que le estreche contra su corazón y le llame hijo mío; creer haberla encontrado al fin, sentir nacer en el corazón los más tiernos afectos, los sentimientos más nobles y puros, acostumbrarse á la idea de ser feliz y amado, levantar una catedral de esperanzas y de ilusiones y de alegrías y, de pronto, ver como todo se viene al suelo, sin más que escuchar una voz que nos dice: *No; tu madre no es esa!*

César estaba acongojado. El niño lloró largo rato como si su miserable orfandad comenzara entonces.

— ¿Por qué he venido á hablar con usted? — dijo sollozando el herrero. — ¡Era yo tan feliz con la idea de que había encontrado á mi madre! ¡Tan dichoso acariciando sus cabellos, tan venturoso durmiendo en su tierno regazo! ¡Y ahora otra vez á las largas noches de insomnio y á los días en que todo está triste y frío, y á esperar en vano encon-

trar lo que todos encuentran, solo y sin un ser que me acompañe; triste y sin una persona que me consuele!

Era tan verdadero su dolor, que César sentía ya haber sacado de su error á aquella tierna é infeliz criatura.

De pronto una idea asaltó á Nicanor.

— ¡Pero yo no puedo — clamó — enterar de lo que pasa á Nila! ¡Sería una abominación sin ejemplo! La desgraciada ha recobrado la razón no más que por haber encontrado á su hijo. Han sido mis caricias, mis palabras, mis sacrificios, los que han encendido la luz en su cerebro sumido en tinieblas. Ha sido la seguridad de haberse cambiado su destino lo que la ha despertado á la vida y al pensamiento. Desengañarla ahora sería volverla á la locura, arrojarla brutalmente al abismo de que, con tanto esfuerzo, acaba de salir. ¡No: eso sería un asesinato!

Estremeciése el cura. Le pareció que, por su culpa, iba á reproducirse el crimen de Enrique.

— ¿Y qué hacer? — balbució atolondrado.

— ¿Qué hacer? ¡Callar, señor cura, callar! ¿No dice usted que cuanto sabe lo han dicho en confesión? Callar y que la infeliz siga en su engaño y que crea que yo soy su hijo y que sea feliz aunque yo me atormente. ¡Callar; cumplir mi sacrificio y hacer que tenga la pobre las esperanzas y los anhelos, y las ternuras que á mí me faltan!

Después de enjugarse los ojos prosiguió:

— Yo la he dicho que sé que soy su hijo por usted; porque ella perdió la memoria de aquel tiempo é ignora los detalles de su desgracia. Yo huiré además con ella á donde nadie pueda descubrir algún día mi pobre engaño. Yo la diré una y mil veces que soy su hijo. ¡Pero, por Dios, no me desmienta usted, señor cura!

La abnegación, la virtud, la ternura del niño eran sencillamente sublimes.

César se conmovió.

— ¡Descuida, alma gigante, corazón de oro! ¡No; no te desmentiré!

Nicanor se arrodilló á los pies del asceta.

— ¡Ah, gracias, señor cura, gracias! — gimió.

Besó sus manos, levantóse y salió de la habitación rápidamente.

Las estrellas lucían ya en el cielo, el ambiente era sereno y perfumado, como en aquellas noches en que el niño acariciaba en el bosque los enmarañados cabellos de Nila.

■■■■■■■■■■

EL SACO DE GANTE

Habiase levantado el enfermo. A no ser por cierta palidez y demacración propias de quien ha permanecido en el lecho toda una cuarentena, no se hubiera reconocido en él al penitente angustiado que con invencible terror veía acercarse la muerte. Los ojos habían recobrado su brillo, y, con él, la dureza que les era habitual. Unos cuantos días de convalecencia y Enrique volvería á ser el hombre vigoroso acostumbrado á todos los deportes; el gallardo y atrevido jinete de Hyde Park, el remero incansable de Asnières.

Era su despacho una habitación reducida, pero soleada y alegre. No dominaba allí ciertamente la tonalidad austera que dan los armarios de roble y los libros de indagación. Unos cuantos volúmenes lujosos, colocados sobre una repisa, formaban toda su biblioteca.

Es indudable que nada nos da idea más exacta

de un hombre que los libros que tiene á mano. Hay entre los libros y quien los adquiere una á modo de identificación. A medida que ellos van influyendo en el ánimo de su dueño, él va mostrando en el cuidado con que los maneja, en las notas que escribe en su margen, en su encuadernación y aun en el sitio que les designa, el menosprecio, la estima ó la curiosidad. Así nada hay tan agradable como esperar á un amigo en su biblioteca. Cuando él aparece, vemos su corazón como á través de un cristal transparente; conocemos sus aficiones y su temperamento, su indolencia ó su actividad, y acaso también su entendimiento, su criterio moral y los grados de su energía.

Había sobre el pequeño estante de Enrique varios diccionarios de bolsillo y guías manuales, el *Código del honor*, en cabritilla y oro, algunos tratados de gimnasia y esgrima, dos ó tres portfolios galantes y taurinos, el *Decamerón* y *Los tres mosqueteros*. Después de esto, apenas si quedaba hueco para dos tomos de folletines, la *Guía palaciana* y un grueso volumen de *Crímenes célebres*.

Recostado en un ancho sillón, saboreaba el marido de Octavia una pipa cuyo olor acre y penetrante denunciaba el tabaco inglés. Con su mano afilada y ebúrnea, como la de una canonesa, sostenía un diario, que arrojó pronto sobre el velador, haciendo una mueca en que se revelaba el desdén más supino.

— Todo esto es imbécil — dijo.

Y oprimiendo un llamador cercano, fijó su mirada en las panoplias que ornaban las paredes, cubiertas de armas de todas clases, desde el hacha de sílex á la espada triangular de combate, desde el *bolo* oceánico hasta el moderno rifle de alcance y repetición.

Un sirviente, mitad criado, mitad labriego presentóse en la puerta de entrada.

— Que venga Benita — pronunció Enrique, sintiendo abrirse mecánicamente su boca por un bostezo.

Benita estaba en la finca á todas horas. En fuerza de ver á aquella niña, ingenua, candorosa y mal educada, lo cual no era el menor de sus encantos, lo mismo Octavia que su marido se habían acostumbrado á su presencia y, cuando no estaba allí, mandaban buscarla con impaciencia notoria. Es seguro que, á hallarse en Rabat, ó en Tánger, Enrique la hubiera comprado como se compra un *bibelot* ó un perrillo retozón y gracioso. Pero Enrique no estaba en Rabat y la señora Catalina no era mujer capaz de vender á Benita, aun cuando se hubiera encontrado en la costa africana y la hubieran ofrecido por ella todo el oro de los sindicatos de Nueva York.

Presentóse la niña. Su trajecito, limpio, su tocado sencillo y gracioso, sus bien abotonadas botitas, su delantal immaculado, denunciaban el

cuidado de una madre amorosa. En cambio traía la cara ferozmente untada de chocolate.

Enrique rompió francamente á reír. La chiquilla tenía la virtud de ponerle de humor alegre. La cogió de la mano y la atrajo hacia sí.

— Hija mía — le dijo: — te has puesto unos gallardos bigotes. ¿Te gusta el chocolate, según veo?

— Sí, me *usta* el *tate* — contestó la niña muy seria.

— Lo celebro; pero otra vez, cuando lo tomes, haz que te limpien los hociquitos.

Dió la niña una pequeña rabotada, frunció las cejas y contestó muy enfurruñada:

— No me da *a* gana.

Nueva carcajada de Enrique. La muchacha era angelical.

— ¿No sabes lavarte?

— No *sepo*.

— ¿Quién te lava en casa?

— *Made*.

— Pues hoy voy á lavarte yo — dijo el millonario disponiéndose á tocar nuevamente el timbre.

Desasióse la niña, y alzando la voz con un tono que hizo á Enrique desistir de su intento, gritó con todas sus fuerzas:

— ¡No *tero*, tonto! ¡Laba á tus nenes!

— ¡Si yo no los tengo! — contestó sonriendo el marido de Octavia.

Calmóse la niña y se acercó otra vez para decir chupando entre palabra y palabra su rosado dedito:

— ¿*Po té* no *tenes* nenes?

— ¡Vaya una pregunta! Porque no quiero.

— ¿Y *Tavía*?

Por acostumbrado que Enrique estuviera á las impertinentes preguntas de Benita, se sobrecogió. Miró á la niña con atención profundísima, queriendo ver en sus ojos malicioso discernimiento. No lo vió. ¿Qué iba á ver? Benita se relamía sus labios untados y repitió sin hacer el menor caso del sobresalto de su protector:

— Me *usta* el *tate*.

Enrique se quedó pensativo. Por primera vez en su vida reflexionaba acerca de un problema que jamás se había planteado. Llevaba á Octavia muchos años. No habían tenido hijos. ¿Se resignaría su mujer á esta infecundidad, como se resignaba él mismo? Recordó entonces las desganas, las melancolías, las tristezas inexplicables de Octavia, que él siempre atribuyó á veleidades de carácter, justificadas por un extraordinario mimo. Vinieron á su memoria los largos encierros, las displicencias, el arrebató frenético con que acariciaba á los niños ajenos. ¿Aquella misma chicuela, no era un viviente testimonio de la pasión de Octavia por los pequeños? Miró á Benita y creyó ver en ella una viviente acusación.

Entonces la rechazó bruscamente, tan bruscamente que la niña asustóse y rompió á llorar.

Enrique se arrepintió de su acción. Atrajo á sí nuevamente á Benita y la acarició dulcemente.

— No llores, nena — la dijo. — Ya te daré más chocolate.

Benita se limpió los ojos con la faldita. Era muy linda la niña aquella, con sus ojos azules y rasgados y sus blondas y ensortijadas guedejas. Pero Enrique no la miraba siquiera. Una violenta agitación se había apoderado de su alma. Se levantó del sillón con gran esfuerzo y, apoyándose en un bastón nudoso, caminó, no sin gran esfuerzo, por la habitación.

Sentía por primera vez el deseo de conocer los más recónditos pensamientos de Octavia, el ansia invencible de leer en su corazón. Hubiera querido registrar los muebles, las ropas, los más ocultos escondrijos. Además, la enfermedad le había quitado la memoria de lo ocurrido en la fuente, pero ahora volvía la inscripción á aparecérsese con indelebles caracteres de fuego:

— *Wie wird das enden, Octavia!*

¿En qué acabará esto, Octavia? Había alguien que tenía ó creía tener derecho á saberlo y que quería saberlo á toda costa. Y él mismo se lo preguntaba también. ¿En qué acabaría todo aquel círculo de sospechas, de vacilaciones y de iracundias? No era fácil imaginarlo.

Acercóse al timbre y llamó. Quería ser llevado al gabinete de la señora. Octavia había salido á comprar chucherías al tío Todo y á ver á la patulea de Juanillo. Entró Enrique en el gabinete seguido de Benita, y apoyado en el brazo del criado que se retiró una vez que le acompañó.

Allí había sobre los muebles estuches, joyeros, cajitas de guantes, almohadillas, portamonedas, tarjeteros; todo lo registró con ansia febril. Sus ojos azules llameaban. No eran sólo los ceios los que le atormentaban; á esta pasión se unía el sentimiento de la vanidad ofendida, de su orgullo maltrecho; de ese orgullo, inmenso, satánico que era la nota principal de su carácter. Sólo por ese sentimiento hubiera sido capaz de matar á Octavia. A las mujeres sólo las matan los enamorados ó los orgullosos.

Llegó luego al armario, é introduciendo por entre las junturas de las puertas un puñal indio que había descolgado de una panoplia, hizo saltar la débil cerradura fácilmente. Con agitación imponderable comenzó á registrar todo, á sacarlo todo en revuelto desorden. Al suelo fué arrojando vestidos, sombreros, abrigos, encajes. Benita estaba en sus glorias; comenzó á enredar con todo aquello. Se puso un sombrero que la entró punto menos que á las orejas y, con él puesto, palmoteaba.

La serena candidez de la niña contrastaba con el furor del convaleciente.

Tras los vestidos, salieron las cintas, los recuerdos de cotillón que Enrique pisoteó con furia. Cada vez que pisaba un juguete, Benita chillaba en son de protesta; por fin, en una sacudida, saltó de su caja de cartón la muñeca, rubia, coloradota, inexpresiva. A su vista el marido de Octavia enfurecióse más. Era el símbolo. La cogió de los pies calzados de medias de punto y zapatitos de hule y la estrelló contra la pared.

Benita puso el grito en el cielo.

— ¡Buto. No rompas la nena!

Enrique siguió registrando. Buscaba papeles y los encontró; pero eran cartas suyas, cuentas de la modista, papeletas de invitación á fiestas, tarjetas postales, todas con niños; niños desnudos, con tonelete, vestidos de soldados, de pastores, de jesuitas con lentes, de ángeles y diablillos. Pateó todo aquello. ¿No había más que chiquillos en el mundo? Comprendía el furor de Herodes y entre tanto Benita había cogido una pandereta pintada, que se había salvado de la catástrofe, y la golpeaba cadenciosamente, mientras, cubierta por su gigantesco sombrero, se abandonaba á una danza rítmica...

Sentóse al cabo fatigado el celoso y limpióse el sudor que brotaba de todos los poros de su cabeza, mientras contemplaba todo aquel destrozo, sobre el cual Benita danzaba, como una *Korrigana* en las ruinas de un viejo castillo señorial.

Nada encontraba y hubiera querido encontrar algo. La certeza es siempre preferible á la duda. Por eso Mefistófeles, que es la duda, es mucho más odioso que Satán, que es la negación. Nada encontraba y comenzaba á avergonzarse de sus ciegos arrebatos. Comprendía que iba acaso á quedar en ridículo ante los ojos de Octavia, cuando viera á qué extremos le habían llevado los celos. Su amor propio sufría de esta manera un nuevo golpe.

Quiso recoger todo aquello y comprendió al instante que era imposible. Vaciló y tornó á sentarse sudoroso, mientras que Benita palmoteaba teniendo en cada mano una bota de tafilete.

Se sentía burlado; el mismo palmoteo grotesco de la niña se le antojaba una burla sangrienta de su torpeza y de sus ridículos arrebatos.

Un ruido de picaportes le estremeció. Abrióse la puerta y apareció Octavia.

Lanzó una ojeada sobre el desorden de muebles y ropas y palideció ligeramente.

Después, con un tono que lo mismo podría ser de afecto cariñoso que de resignada mansedumbre,

— Vuelve á tu habitación — le dijo. — Te has agitado y necesitas reposo y tranquilidad.

■■■■■■■■■■